

tores *al natural*, en que gruñen y ladran, como ellos saben, dos *Batilos* transformados en Mamerto y Zancaslargas, y una Filis, Nicolasa por mal nombre,

Cara de carantoña,
Cutis lleno de roña
Y de color incierto,
Ojos en blanco, de besugo muerto;

ya presenciarnos una reyerta de mellizos en el claustro materno (*Los mayorazgos*), ó historias de miseria cortesana y erotismo de escalera abajo (*Percances de la vida, Gangas de la época*); ó, en fin, un *idilio* campesino á porrazos entre el perverso *Inocente* que los da y la pacientísima consorte que los recibe (*Detrás de la cruz el diablo*).

Cierta abundancia de rima, con la que el autor suple y remeda el donaire espontáneo que realmente le faltaba; un conocimiento del mundo bastante exacto para contrarrestar el optimismo de color de rosa que le distinguía en sus opiniones, y en parte también la atmósfera del ejemplo que puso la pluma en sus manos, contribuyeron á hacer de *La Arcadia moderna* una obrilla picante y de grata lectura, á pesar de que el tono pasa á veces de familiar á tabernario.

El lector ha vislumbrado, de fijo, el consorcio secreto que viene á establecer vínculo de unidad en las variadas muestras de poesía lírica que nos dejó Ruiz Aguilera; la conformidad existente entre el hombre y el artista. El apasionado amor á deslumbradores ideales, así el del hogar y la patria como el de la religión y la humanidad, le inspiraron himnos de entusiasmo sincero y estrofas varoniles. ¡Lástima de aberraciones morales que pervirtieron su natural honradez! De él se podrá decir, uniendo el encomio á la censura, que fué el progresista más poeta de una generación.



CAPÍTULO VII

EL NEOCLASICISMO EN LA POESÍA LÍRICA

Los Condes de Güendulain y de Cheste, *el Solitario*, Mora, Baralt, Bendicho, Ríos Rosas, Olloqui, Cervino, Fernández-Guerra, Monreal, Valera, Laverde, Menéndez y Pelayo, Vera é Isla, Collado, etc.

No se ahogó completamente la tradición clásica en el piélago del romanticismo, y, por residuos de la educación de colegio en unos, por tendencia instintiva en otros, y en muchos por reacción natural contra los excesos, vivió siempre entre nosotros un grupo que lo defendió con escasa gloria y sin uniformidad de propósito. No es el impulso propio, sino la imitación; no el arte, sino el artificio, lo que caracteriza esta fase de la moderna lírica castellana, ni son en general los que la representan verdaderos poetas, sino versificadores y eruditos más ó menos aceptables.

He dicho que la tendencia clásica fué en parte hija de la antigua educación, tal como se recibía en el primer tercio de siglo, y entre los ejemplos que pudieran hacer al caso citaré dos títulos de España que quisieron llevar á las letras el *moderantismo* de sus opiniones políticas.

Apenas se habla ya de *El cerco de Zamora*, ni de su autor, el Conde de Güendulain, antes Barón de Bigüezal, que en público y ruidoso certamen obtuvo el premio ofrecido por la Academia Española. Algunos de los concurrentes no premiados dieron á luz sus poemas, pretendiendo vindicarse y demostrar injusto el fallo, mientras Donoso Cortés confesaba, con exceso de modestia, haberse quedado él mismo inferior al Conde, no precisamente en la riqueza de fondo é inspiración, sino en la sobriedad y el atildamiento. La Academia no tuvo á bien alentar con su autoridad las manifestaciones de revolución literaria, y antepuso al exacto observador de las reglas sobre los amigos de novedades, llamándole pronto á su seno gracias á este solo triunfo, pues apenas si en su larga vida volvió á darse á conocer como poeta el Conde de Güendulain ¹.

Más laborioso y conocido es el antiguo Marqués de la Pezuela, después Conde de Cheste. Aspiró á unir los laureles del campamento y la política con los que produce el cultivo de las musas, no tanto por la espontánea originalidad, como por la reflexiva y penosa tarea de intérprete, que ha desempeñado con tanta constancia como escaso fruto. Después de rendir parias á la moda bucólica, aún no desterrada de nuestro suelo cuando empezaba á dar al público sus primeros ensayos con el nombre de *Dalmiro*, abandonó estos juegos infantiles para hacer una versión de *La Jerusalén conquistada* ² menos indigna del original y de nuestro buen nombre que las dos ó tres anteriormente conocidas. Ni por el mérito intrínseco ni por el lujo tipográfico logró la general aceptación, sin que esta frialdad del público se haya compensado con los elogios de los inteligentes. Lo mismo sucedió con las traducciones de *Los*

¹ También escribió un *Canto épico* en la muerte del Conde de Campo Alange.

² Madrid, 1855. Dos tomos en folio menor.

Lusiadas, *La Divina Comedia* y el *Orlando furioso*, acerbamente criticadas hasta la injusticia por la tropa ligera del periodismo.

Dícese del Conde que versifica mal y expresa obscuramente los conceptos, buscando con ojos de lince, no la palabra más exacta y propia, sino la menos común é inteligible, molestando así á la mayoría inmensa de los lectores y á los mismos eruditos, que no siempre pueden seguir sin tropiezo el curso de aquella locución caliginosa. Tengo para mí que tales cargos no carecen de fundamento, aunque los haya exagerado la pasión; que los arcaísmos de estas traducciones son intolerables por lo innecesarios y frecuentes, y que el lector capaz de entender al intérprete entenderá, y acaso con menos trabajo, los originales.

No sé si dar el título de poeta al autor de las *Escenas andaluzas*, D. Serafín Estébanez, cuyo renombre es por este aspecto harto menor que el de regocijado prosista. Los versos que escribió antes de 1831 no significan gran cosa, ni aun parangonándolos con otros de segundo orden, y son en su mayoría pálidas imitaciones de Meléndez Valdés, fuera de lo exclusivamente propio, que es la versificación inharmónica, no enmendada por la experiencia ni por los años. Pertenecen á esta época las anacreónticas *Al mar*: pocas veces anduvo tan espontáneo y fácil Estébanez Calderón; pocas habló con tan apasionada vehemencia, ni escogió asuntos tan en armonía con su carácter. Bajo las sencillas y un tanto desaliñadas apariencias de estas anacreónticas hay un fondo de apasionamiento sincero, que desaparece por encanto en la composición al P. Artigas, su maestro de lengua árabe, y en la que preparó para la corona poética consagrada á la Duquesa de Frías. Hay en aquélla trozos descriptivos no despreciables, compensando de este modo la falta de nervio y virilidad, mientras que la última, con sus pujos de filosofía, su falta de unidad y sus frías lamentaciones parece,

más que la producción libre y natural del ingenio, un empedrado de palabras, ó si se quiere edificio de mampostería. Los acentos que arrancó á Lista, Martínez de la Rosa, Donoso Cortés y otros muchos una muerte tan prematura é inesperada, se convierten aquí en reflexiones adocenadas sobre la inconsistencia de la hermosura y lo ilimitado de la eternidad.

El genio festivo y superficial del *Solitario* le ataba los vuelos para subir á las altas regiones del entusiasmo lírico, presentándole otro campo más humilde donde pudiese emular, ora el vario y maleante tono de los romances quevedescos, ora el plácido y grave de los de Góngora y Meléndez. Conservan, sin embargo, estas imitaciones, como huellas de un pecado de origen, la falta de carácter personal y la dureza de la forma. Manejaba Estébanez el metro hexasílabo con alguna frecuencia; y añadiendo á este desacierto la ineptitud y el descuido para todo lo que fuese armonía y perfección en la estructura del verso, sacó los suyos flojos, ásperos y discordantes ¹, cosa digna de censura en todos tiempos, y doblemente en el que vió nacer á Zorrilla y García Gutiérrez.

Sólo permanece, no como dechado de inspiración, sino como caprichoso juguete y argumento singular de la riqueza de nuestro idioma, y de la pericia de Estébanez en manejarlo, aquel celebradísimo soneto que enderezó contra su antiguo camarada, y después enemigo irreconciliable, el bibliófilo D. Bartolomé José Gallardo ². Desde que escribió Fr. Diego González *El*

¹ Véase el titulado *Grandeza del poeta*, en el *Semanario Pintoresco*, año 1851, pág. 71.

² Aunque tan conocido, no estará de más el reproducirlo por vía de nota:

SONETO

Caco, cuco, faquín, bibliopirata,
Tenaza de los libros, chuzo, púa;
De papeles, aparte lo ganzúa,
Hurón, carcoma, polilleja, rata.

murciélago alevo no se había visto un alarde de erudición é ingeniosidad como éste, en que parecen agotados todos los medios que suministra el diccionario para expresar una sola idea, á pesar de los obstáculos que se opuso libremente el autor con la reconditez peregrina de las consonancias.

Por sus extrañas aventuras y por su compleja fisonomía literaria vive aún en el recuerdo de muchos D. José Joaquín de Mora, hombre frío, ecléctico y razonador, en cuyo temperamento entraban por más las brumas septentrionales que la fogosidad del Mediodía. En Cádiz nació, sin embargo; aunque muy joven, tuvo que emigrar de España, produciendo fuera de ella los más conspicuos frutos de su numen, que coleccionó primero en un tomo de leyendas ¹, y más tarde en otro de poesías ², ambos sujetos á una misma norma, y ambos muy poco leídos á pesar de haber aprovechado el poeta para su respectiva publicación el furor legendario en su período de apogeo, y la decadencia del romanticismo, tan radicalmente opuesto á la parsimonia, por no decir frialdad, de las composiciones líricas del académico gaditano. El Prólogo á las *Leyendas españolas*, notable por la tersura y limpieza de su estilo, es en cambio muy deficiente como exposición de teorías literarias, á pesar de las tendencias conciliadoras con que pretende velar el autor la poca fijeza y precisión de

Uñilargo, garduño, garrapata;
Para sacar los libros cabría, grúa,
Argel de bibliotecas, gran falúa
Armada en corso, haciendo cala y cata.
Empapas un archivo en la bragueta,
Un Simancas te cabe en el bolsillo,
Te pones por corbata una maleta.
Juegas del dos, del cinco, y por tresillo,
Y al fin te beberás como una sopa,
Llenas de libros, Africa y Europa.

¹ *Leyendas españolas*, por D. José Joaquín de Mora. Paris, 1840.

² *Poesías de D. José Joaquín Mora, individuo de número de la Real Academia Española*. Madrid, 1853.

sus principios. No quiere escribir como clásico, ni como romántico, sino como lo mandan Dios y el sentido común; pero insisto en que este afán por evitar los extravíos de escuela le coloca en una posición solitaria, buena sólo para los ingenios creadores, no para otros tan medianos como el suyo. Pasión, nervio, interés, todo lo que nos hechiza en Arolas, Zorrilla y Espronceda, todo está ausente de estas incoloras y desabridas narraciones, cuya lectura apenas es posible continuar mucho tiempo si no se pasan por alto las molestas é importunas reflexiones, los episodios sin substancia, y las tiradas de prosa con apariencia de verso de que están sembradas casi todas ellas. *Zafadola*, *Escenas de los tiempos feudales* y *Don Opas*, son otras tantas pruebas de infelicísima inventiva, y eso que tanto le daba adelantado la tradición, de cuyo espíritu debía constituirse intérprete. Lo mismo que llamó españolas á varias de estas leyendas, pudo llamarlas turcas ó chinas; pues apenas si descubren, no ya el simpático y respetuoso amor hacia lo pasado, distintivo de Zorrilla, ni el hondo estudio y la distinción exacta de cada época, que dan vida á las relaciones de Walter Scott, sino ni siquiera los más indispensables conocimientos, que Mora suple ó quiere suplir con aparatosas declamaciones, humorismo sin sal, y máximas de fabulista adocenado. Dispéñeme el lector tanta dureza con quien, si tuvo encomiadores entre cierto linaje de eruditos, no llegó nunca á cautivar la atención del pueblo, como la cautivan siempre los verdaderos poetas legendarios, que saben reflejar en las creaciones del arte el espíritu de las generaciones pasadas.

Fuérzame la justicia á no ser más benigno con las poesías sueltas de Mora, penetradas, en general, como de gélida corriente y anemia contagiosa, del más antipático escepticismo en las ideas, y la más lánguida monotonía en las formas, cualidades á que sería casi profa-

nación aplicar el nombre de clasicismo. Tres ó cuatro de sus odas, *La muerte del justo*, *Los Andes*, *La noche* y *La Verdad*, recuerdan á Fr. Luis de León, ó más bien á Meléndez; pero á la no muy probable sinceridad de su misticismo le falta el jugoso entusiasmo, alma y vida de la verdadera inspiración religiosa. Razonador é incrédulo por naturaleza, hubo de abandonar Mora ese camino, para él vedado, y empuñó la virga censorina, no con el brío de Juvenal, ni con la provocante sonrisa de Bretón, sino con otro carácter apenas conocido entre nosotros, mezcla de indiferentismo sajón y malignidad volteriana, aunque sin la delicadeza finísima del patriarca de Ferney. No se crea que la indignación de Mora reconoce por causa los grandes crímenes y errores del mundo, porque todo sellos no bastan á sacarle de su normal indiferencia; le apuran más las exageraciones y los fanatismos, las creencias firmes y radicales, todo, en fin, cuanto no sea mirar la vida por el cristal de un optimismo comodón y risueño. Su queja favorita va directamente contra la intransigencia de las doctrinas, y se traduce en palabras como las que siguen:

Si no eres de Voltaire, eres de Ignacio.
 Incrédulo has de ser ó jesuita:
 Entre los dos extremos no hay espacio.
 Hombre sensato que el exceso evita
 Y usa de la razón el puro idioma,
 De ambas facciones el enojo excita ¹.

Las exageraciones en literatura, representadas por la escuela romántica, encuentran en *el Melancólico* una censura tan despiadada como la que en *La Opinión*, en los *Fragmentos de un poema* y en otros cien lugares se leen contra los hechos consumados, contra el sufragio universal, contra los excesos del periodismo, contra todo lo que huele á demagogia populachera.

¹ *Mis caprichos.*

Al hablar, por ejemplo, de las revoluciones en los mencionados *Fragmentos de un poema*, sale el autor con la siguiente declaración, que parecería prosa si no fuera por los consonantes:

En esas grandes crisis se proclama
Como ley el nivel; grande mentira,
Porque la fuerza en muchos se encarama
Cuando la fuerza en pocos se retira.

Esto no impide que, después de incansable y nada artístico sermoneo, propóngan por enseñanza suprema las máximas de un egoísmo utilitario y epicúreo hasta los tuétanos, de inocentes apariencias pero engendrado en realidad por un principio corruptor y disolvente.

La vida es un desierto, ya se sabe;
En pasarla sin pena está el *bustilis* ¹:

tal es el código del insigne moralista.

Fue Mora, aparte de esto, gran aficionado á los primeros rítmicos, y adversario tenaz, en la teoría y en la práctica, del asonante y de los versos sueltos. Apoyado en las que él llama demostraciones inconcusas de los filósofos escoceses (cuyas doctrinas propagó entre nosotros), considera la rima como medio de inspiración, cosa bastante discutible en la mayoría de los casos, y de que, si hay algunas muestras en Lope de Vega y Bretón de los Herreros, pueden enumerarse en contra muchas excepciones, sin recurrir á otra parte en busca de ellas. Es, en efecto, tan artificiosa y desagradable la factura de los versos en el satírico gaditano, que apenas existe en los tiempos modernos un poeta español, entre los de primero y segundo orden, que por este lado no le lleve muy notable ventaja. Tan cierto es que no bastan ni el ingenio, ni la agudeza, ni el estudio detenido, á infundir en el alma el fuego sagrado de la inspiración, si no lo enciende con su soplo la inexorable naturaleza.

¹ *La caravana*, fábula.

No debía hallar cabida, rigurosamente hablando, en este lugar el egregio venezolano, cantor de Colón, émulo de Andrés Bello, y, como él, timbre de la literatura hispano-americana, D. Rafael María Baralt. Pero teniendo en cuenta que en España comenzó y concluyó su carrera de escritor, que tuvo asiento en nuestra Academia como individuo de número, y que influyó algún tanto con sus composiciones al promediar el siglo presente, no será impropio consagrarle aquí un recuerdo. Baralt bebió directamente en los antiguos modelos castellanos el fondo y la forma de su poesía y sobre todo de la religiosa, que cultivó con una sencillez digna de nuestro gran siglo, é imitando, más que á nadie, á Fr. Luis de León. Esto no equivale á negar sus afinidades con el autor de la silva *A la agricultura de la zona tórrida*, evidentes sobre todo en el culto extremado y religioso de la frase; ni la amplia libertad con que siguió el ímpetu de la lírica moderna al traducir el himno de Gabriel Rossetti *Al año de las grandes esperanzas*, 1830.

El espíritu de imitación amengua el vigor subjetivo de la poesía de Baralt, é introduce en sus más gallardas estrofas un enjambre de reminiscencias arcaicas y malsonantes idiotismos, como se ve en la oda *A Colón* y la inspirada por el cuadro *La desesperación de Judas*, de Germán Hernández. En la última reproduce así el pensamiento del pintor:

Al pie del árbol añoso
Que sin hojas, señero, se divisa
En alto pedregoso,
A la luz del relámpago indecisa,
A Judas miro; del desnudo cuello
Un lazo pende: mészase el cabello
Y al cielo insulta con feroz sonrisa.
La luenga vestidura
En desorden está: muéstrase el pecho
Latiendo con presura,
Cual ola brava en reducido lecho;

Salidos de sus cuencas, ambos ojos
 En alto fija con la saña rojos,
 Y á Dios amaga en su infernal despecho.
 El ala recogida,
 Junto á él de espaldas su custodio llora
 Al alma ya perdida;
 El arcángel rebelde vengadora
 Llama dispone en el sulfúreo abismo,
 Y el tormento de Judas en sí mismo
 Doblado siente que su ser devora.

.....

Entre las reliquias que de la escuela sevillana han llegado hasta nuestros días pudieran figurar los versos del elegante y modesto traductor de Valerio Flaco, D. Javier de León y Bendicho ¹. La versión de *Los argonautas* no pasó completamente inadvertida á pesar del miserable estado y la decadencia universal de los estudios clásicos en España, y á pesar también de la época infausta en que apareció tan esmerado trabajo, que fué cabalmente la de nuestra última revolución. Humanista insigne, y más humanista que poeta, estudió Bendicho con escrúpulo y detenimiento el poema de C. Valerio Flaco, y lo realzó con los primores de que es susceptible la octava real, metro poco conducente para la fidelidad de una traducción. Aunque el autor que eligió Bendicho no es ningún modelo de primer orden, esta circunstancia, lejos de amenguar el mérito del intérprete, lo sube de punto al ofrecerle numerosas dificultades, que salva con arrojo y gallardía. Añádase que valen casi tanto como el texto las notas é ilustraciones que le acompañan, llenas de conocimientos clásicos nada vulgares, de curiosas noticias y de excelente criterio, y nadie negará á *Los argonautas* un lugar

¹ *Los argonautas, poema latino de Cayo Valerio Flaco, traducido en verso castellano é ilustrado con notas por D. Javier de León Bendicho y Quilly.* Madrid, 1868-1869. Tres tomos en 8.º - El último contiene el texto latino original.

honroso, aunque inferior al *Horacio* de D. Javier de Burgos.

Rasgos sueltos no más, caídos de la pluma en momentos de ocio, parecen las poesías del fogoso tribuno D. Antonio de los Ríos y Rosas ¹. La epístola á Pastor Díaz, y dos sonetos, uno *A Lisboa* y otro *A la opinión*, son los frutos más sazonados de esta musa varonil, que si tuvo sus veleidades románticas merced al imperio y fascinador atractivo de la escuela dominante, buscó pronto en la gráfica precisión del clasicismo la forma más conveniente á la enérgica austeridad de sus concepciones, sin ocultar su temperamento oratorio bajo las vestiduras de la rima.

En el certamen abierto por la Academia Española el año 1850 fué premiado con medalla de oro un canto de D. Emilio García de Olloqui á *La victoria de Bailén*. Después de una invocación que seguramente no fué oída por el cielo, quiere el poeta laureado enaltecer el triunfo de las Navas de Tolosa como preliminar del que habían de conseguir los españoles en el mismo lugar y siete siglos más tarde, comenzando de esta manera invérosímil:

No paz, nunca sosiego
 Mohammed Ben Yacub, torvo africano,
 Dió á su violento fuego:
 Siempre al yugo inhumano
 Trayendo á Nazareth ¡y siempre en vano!

Síguese la enumeración de los aprestos del *torvo africano*, á pesar de los cuales

No desalienta al pío
 Noble Alfonso del réprobo la audacia;
 Su corazón más brío,

¹ La primera y póstuma colección de las mismas fué publicada en 1885 por D. Hermenegildo Giner de los Ríos.